

diez. Este angelito pronunció, al otro día de morir su padre, una frase conmovedora. Al ver que algunos diarios la omitían en la lista de la familia de Alarcon, exclamó la criatura: «¡Se han olvidado de mí! ¡No saben lo que me quería!»

Un ruiseñor andaluz, regalo de un hermano del insigne novelista, colgaba, en una jaula, en la estancia de Alarcon. Hacía días que no cantaba el pájaro, por hallarse en la época de la muda. Pocos momentos antes del solemne, el ave favorita gorjeó y trino: Alarcon, moribundo, se incorporó en su lecho, y murmuró «con expresión indefinible»:

— ¡Ah! ¡El ruiseñor!

Al terminar el canto volvió á caer en letargo ya mortal el enfermo. Admiramos á la santa *Realidad*, generadora de toda *Poesía*. ¡Qué últimas palabras más lindas, significativas é ideales pondría en boca de Alarcon el poeta que pretendiese inventarlas!



NOTAS LITERARIAS

EN esta época del año no se publican libros, pero se preparan los que han de ver la luz en la primer temporada de invierno. Si algunos escritores se dedican á la fecunda inacción, otros no interrumpen el trabajo. Galdós descansa en Santander inspeccionando personalmente las obras de su palacete (la palabra *hotel* me repugna por ambigua y por extranjeriza), y en Santander teje Pereda la novela del invierno próximo, que ha de editar Fernando Fe. Los periódicos nos dicen que durante el curso de su veraneo, Emilio Castelar, que viaja acompañado de un voluminoso cajón de libros concernientes á los asuntos de las obras que tiene en el telar, lleva de frente nada me-

nos que tres, sobre amplios temas históricos, — los que mejor se ajustan á la grandiosidad de su pluma y á la calidad y fondo de sus estudios.

* * *

También se prepara la edición de una obra póstuma de Alarcon, obra que indudablemente se leerá y comentará más de lo que aquí se acostumbra. ¿Qué será?, discurremos, llevados de la curiosidad que siempre inspiran los libros de ultratumba. ¿Será una novela? ¿Será una apología del género de la *Historia de mis libros*? ¿Un nuevo tomo de *Cosas que fueron*, ó de *Viajes por España*? Sea lo que quiera, venga en buen hora.

* * *

Entre los libros de fin de temporada que merecen citarse, sólo recuerdo el de Antonio de Valbuena, *Capullos de novela*; y ya que, con toda la brevedad que

permiten estas *Notas*, voy á hablar de él, aprovecho la ocasión de hacer algunas aclaraciones muy explícitas que, si no le importan al público, á mí me conviene no omitir.

El nombre de este escritor, que se cuenta hoy entre los más leídos, que tiene su auditorio y sus partidarios acérrimos, y que es un favorito de la juventud (los muchachos entre quince y veinte se lo saben de memoria), suele tomarse como enseña de batalla contra determinadas personalidades literarias ó políticas, y especialmente contra la colectividad de la Academia de la Lengua; y los que elogiamos ó solamente pesamos y medimos en letras de molde las condiciones del ingenio de Valbuena, alias *Miguel de Escalada*, parecemos incurrir *ipso facto* en la nota de *frondistas*, pero de frondistas solapados, que tiran la piedra y esconden la mano, y que ensalzan á un escritor por mortificar, herir, derrocar ó creer que derrocan á individuos ó corporaciones, contra quienes

pudieran alimentar algún rencor oculto, ó algún propósito malicioso de molestar y zaherir. Si á esto se suman circunstancias especiales que en mí concurren, y que todo el mundo recuerda *para mal* en estos casos, se comprenderá lo difícil de mi posición cuando recibo un libro de Valbuena. Alabarlo, juzgarlo, criticarlo, nombrarlo, *citarlo solamente*, puede interpretarse ¡oh Dios! como *una solidaridad estrecha*, una cooperación miedosa, interesada, conspiradora, *una intriga....*, lo que más aborrezco, lo que menos sé hacer, lo que, á la larga, conceptúo más vano y estéril, ¡aun como *ardid de guerra!*

Lo mejor, en estos casos, es hablar al público según hablaríamos á solas con nuestra conciencia, y presupuesta la más sincera imparcialidad, rectifiquen los sensatos y piensen y digan lo que quieran los malsines, que al cabo no habían de hacer otra cosa.—Empiezo, pues, por declarar que en las campañas de Antonio de Valbuena hay, como en toda impugnación

apasionada, mezcla de razón y de error; que sus censuras *de carácter no filológico, sino literario*, se basan en menudencias y pelillos á lo Hermosilla, y que aún tiene menos amplitud estética y menos *vista de conjunto* de la que tenía el implacable tundidor de otro Balbuena (el del *Bernardo*); (porque Hermosilla no atendía solamente á la cáscara de las obras, sino á la índole de los pensamientos y conceptos cubiertos por aquella cáscara); que muchas personas de las que Valbuena trata irrespetuosamente, me merecen unas respeto, otras admiración, otras amistad, otras todas estas cosas juntas; y, por último, que estoy firmemente persuadida de que al público racional le pasa como á mí, y las personas que le merecen (al susodicho público racional) respeto, admiración, consideración, etc.... se lo siguen mereciendo lo mismo después de que Valbuena las ha *coleadado*, como ahora se dice.... porque en este mundo sólo hacen daño las críticas *fundadas....*, es decir, que en tales cues-

tiones no hay daño *extrínseco*... y cada uno es cada uno, y en paz.

Á todo lo cual añadiré, que si de algún agredido por Valbuena tuviese yo algo malo que decir, ó ganas de decir algo malo, lo diría por cuenta propia y con forma propia, si no tan cáustica, desenfadada y dura, en la que puedo, pues el género de Valbuena le pertenece en propiedad, y si yo un día, tentada del diablo ó curiosa de registrar caminos, probase ese, á las primeras de cambio resbalaría en la sosera y en la formalidad y hombría de bien de mi estilo y de mi natural cortés y apacible.

En cuanto á la Academia, de la cual unos me creen sañuda enemiga y otros devota rondadora (y ello es que la Academia anda bastante rondada, pero de varones), tampoco necesitaré que nadie me ayude cuando juzgue conducente, oportuno y natural, dentro del curso de mis tareas, hablar de ella con plena libertad y justicia, como nos asiste el derecho de hablar sobre toda institución humana.

Precisamente por ser la Academia una colectividad, tenemos más expedita la lengua, pues ahí no se ofende á nadie en especial, si se censura.

Y creo que ya no necesito decir más para explicar un hecho naturalísimo: el tratar aquí de un escritor de la importancia de Valbuena. — Sus *Capullos de novela* nos le revelan bajo un aspecto nuevo y curioso.—Por lo sencillos, cándidos y morigerados, esos *cuentos breves* parecen el contraste, mientras son en realidad el comentario y complemento de sus críticas y sátiras. Recuerdo que en cierta ocasión dije yo á *Miguel de Escalada*: «Si V. viese el *conjunto*, el *alma de los libros*, como ve el *pormenor* y el elemento puramente *formal*, *externo*, sería V. un criticazo.» Y hoy tengo que añadir, refiriéndome á sus *Capullos*: «Si en este autor correspondiese la importancia del contenido novelesco y humano, al encantador desafeite del estilo, al sabor neto y puro del lenguaje, tendríamos un *cuentista* y la promesa de un *nove-*

lista de primera línea. Ya que no es posible afirmar esto por los *Capullos*, no omitamos que alguno de ellos — verbigracia: *El bobo de la feria*, ó *El caballo del diablo* — es un dechado de naturalidad y frescura popular. » Valbuena anuncia otras novelas: hasta que las publique, sea provisional este juicio.

* * *

Casi siempre que algún sujeto intenta serle á uno desagradable, resulta que le hace un bien ó le da una grata nueva.

No ha muchos días llegó á mis manos un número de una Revista piadosa rotulada *La Controversia* y vecina de mi TEATRO CRÍTICO, pues veo que se imprime en el mismo establecimiento tipográfico, el del Sr. Dubrull. — En ella se dilata un largo artículo, que firma un señor que se llama D. Juan G. Criado y Menéndez, á propósito de los cortos renglones de *boutade* humorística contenidos en mi artículo de viajes *Días Toledanos*. Cuando se me ocurrió poner en duda

la utilidad de una prolija investigación para reconocer que el admirable *San Francisco* de la Catedral no es obra de Alonso Cano, sino de Pedro de Mena, ignoraba quién fuese el autor de la pesquisa; sólo sabía, por habérmelo dicho cierto novelista ilustre, que existía en Toledo una persona dedicada á dilucidar ese punto. Escrito y publicado mi artículo, me aseguraron que el averiguador era D. Pedro de Madrazo, y entonces, aun siendo leve y festiva mi censura, confieso que hubiese querido borrarla á toda costa, porque no sólo estoy convencida de la competencia artística del Sr. Madrazo, sino que profeso al Director del Museo y á su familia estimación muy verdadera. He aquí por qué veo con gusto que se da por aludido el Sr. Criado, á quien no tenía el honor de conocer hasta que él mismo se presentó.

Como al darse por aludido se da también por gravemente ofendido, — lo cual es una sencillez, — y se desquita aplicando á mis libros calificativos injuriosos

dichos en lenguaje venenoso-místico, — lo cual ya no es sencillez, sino otra cosa más mala, — me cierra el Sr. Criado todo camino de rectificación, y me deja sólo el de seguir creyendo que sus investigaciones arqueológicas no le han enseñado ni aun á producirse con mesura.

Tampoco ha aprendido, en esa escuela de laboriosidad, á hablar sólo con conocimiento de causa y documentos á la vista. Como que al desfogar su ira contra mis libros, afirma que «es el primero en reconocer y proclamar el singularísimo mérito, no sólo del San Francisco de Asís joya de la literatura contemporánea», «sino de los inimitables estudios sobre los poetas épicos cristianos Dante, Tasso, Milton, *Hojeda*, *Klopstock*, *Chateaubriand*». Esta sí que es perspicacia crítica: el Sr. Criado reconoce el mérito singularísimo de unos inimitables estudios que no sólo no publiqué, pero ni escribí. También sabe que yo anduve muy equivocada al sostener en *Los resquemores de Pereda* que no es novelable la

vida de las provincias: cosa que, en efecto, no sostuve ni allí ni en parte alguna, y, cosa que, si valiesen como denegación los hechos, he denegado escribiendo bastantes novelas que pasan en provincia.

¿Ven Vds. por qué pienso yo que la erudición parcial casi más daña que aprovecha? Pues por esto mismo: porque rebuscadores así saben lo que dijo Palomino y lo que escribió Ceán Bermúdez, *al folio tantos....*, é ignoran lo que hizo ayer el vecino de enfrente.... (para este caso el vecino de enfrente será un escritor moderno, verbigracia, *servidora*).

Y después de todo, ¿á qué se reduce ese mismo descubrimiento, cuando el señor Criado nos informa de que una cáfila de escritores lo realizaron antes que él?

* * *

No sirva de ejemplo el que me haya hecho cargo del artículo de *La Controversia*: estas cosas suceden.... por casualidad, y porque no siempre ha de

estar uno haciéndose el sueco, no digan que ya se pasa de flemático y sordo. Pero una y no más cada semestre: en primer lugar, porque este género de dimes y di-retes pudiera llevarnos insensiblemente al nefando ejercicio de la insolencia literaria; y en segundo, porque si yo atendiese aquí y allí, no tendría manos á dar. ¡Como que raro es el día en que no me salen dos ó tres Criados!

* * *

Alguna vez que otra también suelo verme en la necesidad de rectificar noticias equivocadas, que con la mejor intención ó sin intención mala ni buena insertan los diarios respecto á mi persona ó á mis trabajos. Procuro evitarlo cuanto puedo, y, sin embargo, no siempre lo consigo; pues si dejase correr ciertos errores, asentiría á que se formase de mí el concepto más injusto.

Por ejemplo: en un artículo titulado *La Granja de Meirás—Una visita á Emilia Pardo Bazán*,—publicado en *El Heral-*

do de ayer, 21 de Agosto, dice el autor (por cierto es un buen amigo mío), que en mí se descubre «un fondo de amargura, mezcla de indiferencia y de odio relativo» hacia mi pueblo natal, la Co-ruña.—Que en esta época del año, tan grata para pasada en la aldea, prefiera yo mi Granja á cualquier población, no tiene que ver con que pueda existir en mí odio, ni relativo ni absoluto, al pueblo donde nací y donde nacieron mis hijos, al pueblo que me ha cubierto de flores, y donde sé que alienta para mí, en muchísimos corazones, la más dulce y perseverante amistad.

* * *

Por lo mismo tampoco es cierto que, como dice *La Época*,—igualmente en su número de ayer,—prepare yo ninguna «producción importante» que haya de producir «honda sensación en cierta capital de provincia». Si no me equivoco, esta indicación se relaciona con otras que ya se

me han dirigido respecto á mi novela en preparación *Propiedad y familia*. Por saberse que la acción pasa en *Marineda*, se ha supuesto que en la obra habría retratos, alusiones, sátiras, alfilerazos y pullas.... ¡Ah! No; pierda mi editor la ventaja de los veinticinco ejemplares más que podría despachar en *Marineda* merced á este *run run*; no compre nadie mi novela para recrearse malignamente.... Yo no satirizo *ni pienso satirizar jamás*; en primer término, porque no gusto de molestar ó lastimar á nadie, la caridad social lo prohíbe; en segundo, porque no estimo ese realismo servil que consiste en copiar buenamente lo que tenemos delante y sanseacabó.... Mis argumentos de novela son ó *mltos* del todo, es decir, inventados á mi pobre manera, ó traídos de tan lejos, que ya no los conocerá la madre que los ha parido. Si aprovecho algún rasgo real de personas vivas y que puedan identificarse, será tal que ni las ofenda, ni las haga desmerecer en el concepto de la gente sensata. Si retrato á al-

guien, es con su beneplácito, tomando lo mejor, y rebosando simpatía. Y en cuanto á chismografías ó á crónicas de pueblo... ni aun se nombren !

*
*
*

Ya puesta á rectificar, declaro también que ni he pensado escribir una novela *antropológica* (así llaman á *La Piedra angular* los que anuncian su próxima aparición) ni menos dedicarla á la *Sociedad antropológica de Italia*. Pero, ¡infeliz de mí! ¿En qué fundaría yo las pretensiones de semejante dedicatoria?

Para *La Piedra angular* (que no sé si es ó no es novela *antropológica*, ni si habrá novela que no lo sea, porque *antropología* es la ciencia que trata del hombre, física y moralmente considerado, y la novela podría recibir la misma definición) para *La Piedra angular*, repito, solicité datos y libros de personas que cultivan la *antropología jurídica*; tuvieron la bondad de facilitármelos, yo pro-

curé servirme de ellos como Dios me dió á entender para fines artisticos...., y no hubo más. ¿Qué pensará de mí esa *Sociedad antropológica de Italia*, si es que se entera? La suerte que no se enterará.... y que mis amigos los jurisconsultos españoles que me han favorecido con su enseñanza, comprenderán que tengo el buen sentido de no pedantear tan fuera de sazón.



NUEVO TEATRO CRÍTICO

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol.
LA MADRE NATURALEZA, dos vol.
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), segunda edición, dos vol.
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, tres vol.
DE MI TIERRA (Galicia), un vol.
LA CUESTIÓN PALPITANTE (agotada), un vol.
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo.
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol.
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol.
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol.

EN PRENSA

LA PIEDRA ANGULAR, novela.

NUEVO

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año I.

OCTUBRE, 1891.

Núm. 10.

SUMARIO

- I.—POR EL ARTE. (CONCLUSIÓN.)
- II.—PEDRO ANTONIO DE ALARCON.—LAS NOVELAS CORTAS.
- III.—POR LA ESPAÑA VIEJA: LOS SANTOS DE VALLADOLID.
- IV.—NOTAS LITERARIAS.
- V.—INDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL.

Oficinas: Mendizábal, 34.

APARTADO DE CORREOS, NÚM. 144.